

“EL GALLO MAÑANERO”

4:00 A.M de la madrugada y Amanda desvelada en su cama cambiaba incesantemente la posición de su almohada tratando infructuosamente de acomodar su cuello para ver si lograba conciliar nuevamente el sueño.

Era una mañana de primavera cualquiera, a lo lejos se escuchaban uno que otro ladrido de perro y el sonido suave del viento. Amanda pensaba en lo afortunada que era, después de muchos años de vivir en la ciudad, había vuelto a vivir al campo donde se había criado. Ahí en medio de la naturaleza, rodeada de verde y en un entorno calmo y lleno de paz se sentía muy feliz.

En realidad, no había ninguna razón que avalara sus desvelos, salvo su inquietamente, la cual le costaba dominar durante la noche haciéndola divagar entre un pensamiento y otro no permitiéndole dormir ni descansar cómo ella hubiera deseado sin aquellas odiosas interrupciones que las hacían amanecer al otro día sin la energía suficiente. A lo mejor inconscientemente no quería hacerlo, ya que siempre decía que durante la noche su cabeza estaba más alerta que nunca y era justamente a esa hora cuando ella se sentía muy lúcida y creativa. Su mente divagaba entre múltiples versos, historias inventadas, respuestas asertivas, ideas geniales y frases con reflexiones profundas sobre la vida. Esto a Amanda le producía un gran placer, porque de alguna manera también le permitía alimentar su ego, donde los motivos eran más que suficientes para auto considerarse como una de esas personas inteligentes, sabias o “almas viejas” que comprendían y

percibían lo que la gente común no hacía, ya que para eso se necesitaba habitar en aquella sutileza intangible del mundo invisible que pocos conocían.

En eso pensaba, cuando de pronto un gallo mañanero irrumpió con un estridente y desafinado canto quebrando el pacífico silencio de aquella madrugada. Rápidamente el vaivén de sus pensamientos se detuvo y una repentina y gran emoción la invadió al escucharlo haciéndole recordar con detalles su niñez y adolescencia cuando veraneaba con todos sus hermanos en el campo.

Eran tantos los recuerdos y vivencias que en ese momento afloraban a su mente con el simple canto de aquel gallo...

Vinieron a su cabeza de inmediato los guitarreos y cantos que se formaban a la luz de la luna y las estrellas en la terraza de su casa, con los diferentes tonos de voces formando un coro entre los hermanos.

Aquella carreta cargada de víveres tirada por los macizos bueyes que corrían y se resbalaban en la cuesta pedregosa cuando iban a bañarse al río. Los mates y sopaipillas, los panes amasados de gruesas migas untados con mantequilla y queso que se llevaban en un canasto y las jugosas sandías y melones que su mamá les repartía cuando estaban en la playa.

Sintió también en su boca el placer y el gustito de los sabrosos huevos fritos con ají colorado que le ofrecían amorosamente sus queridos vecinos cuando iban a visitarlos. Las siestas que ella dormía después de almuerzo botada en una manta debajo de la sombra del manzano que estaba frente a su casa. Se acordó también de los mosquitos e insectos que zumbaban a su alrededor y de como ella amaba

ese ruido constante y embriagador que le permitía relajarse y dormir profundamente en medio del pasto.

Amanda usaba la ropa más vieja que tenía durante sus vacaciones en el campo y a ella le gustaba eso, porque le permitía jugar revolcándose en la tierra y en los fardos de pasto sin temor a ensuciarse. Pero su mamá siempre les guardaba a ella y a sus hermanos una tenida más elegante que les permitía usar solamente para asistir a la procesión de San Sebastián que se hacía frente a la antigua iglesia del sector el día 20 de Enero. Ella esperaba con ansias esa fecha, aunque esto siempre le produjera una contradicción. Por un lado le gustaba ir, porque ahí podía lucir sus ropas y ver nuevas caras de toda la gente que asistía y por otro lado, le impactaba mucho ver a ese Santo de madera , con cara sufriente y lleno de llagas sangrantes que era trasladado casi siempre bajo un calor agobiante sobre una tarima, seguido por sus feligreses que lo acompañaban con rezos y cantos desafinados. Eso ya se había transformado en una costumbre para ella, porque no había otra alternativa, su Mamá motivada por su profunda fe católica los llevaba a ella y a sus hermanos religiosamente todos los años.

Se acordó también de cuando era adolescente y le gustaba inventarse amores que algunas veces eran reales y otras veces imaginarios. Ella se enamoraba fácilmente, ya sea del joven que sacaba la leche, del que manejaba el tractor o del veterinario que venía a inseminar las vacas. Otras veces le gustaba imaginar que su amor la miraba escondido entre los árboles o detrás de los cercos y ella entonces posaba en una actitud sexy para conquistarlo. Se divertía con eso y lo vivía con ese romanticismo idílico típico de esa edad.

Eran tantos los hermosos recuerdos que desfilaban por su cabeza y por su alma en ese momento.

Amanda todas estas vivencias las consideraba como “oro puro” y sin duda eso le había permitido ser la persona que ella era ahora. Se había nutrido desde muy pequeña por todo lo que le había ofrecido la naturaleza, el viento, el cielo estrellado, el canto de los pájaros, el sonido del viento y de la lluvia, el agua cristalina de los esteros y del río, por la sencillez y la generosidad de la gente campesina y ahora que era una mujer adulta las valoraba más que nunca.

Continuaba sumida en esos hermosos e interminables recuerdos, repasándolos uno a uno, cuando nuevamente fue interrumpida por el desafinado canto del gallo... Amanda embriagada por la nostalgia de esos tiempos y con una sonrisa en sus labios sin darse cuenta se quedó dormida.

FIN